

pero mil cuatrocientas familias prefirieron vivir en el territorio otomano, adonde tenían terrenos y libertad de conciencia. Estos dos países formaron una barrera al Austria contra la Turquía y después de haber sido por mucho tiempo peligrosos rivales, fueron el principal apoyo de su nueva grandeza.

1705. Leopoldo no quiso perdonar nunca á Tekeli, obstinado defensor de los privilegios húngaros, ni tampoco restituírle los bienes confiscados ó un equivalente, por lo cual aquel se refugió entre los Turcos, que al principio le socorrieron, pero que, como suele suceder, después le olvidaron; de modo que se vió obligado á ir á vivir entre los Judíos de Constantinopla; hizose allí tabernero, y por último murió siendo Católico, después de haber agitado tres reinos por su celo protestante. Su mujer, la bella y generosa Elena, defendió tres años á Munkacs (1685-88); y reducida á ceder, fué llevada á Viena, donde se encerró en un monasterio. Después fué canjeada con el mariscal Heister, y consiguió unirse á su marido, participando de sus miserias; pero nunca les devolvieron sus hijos.

1701. Caraffa fué hecho feldmariscal. El gabinete austríaco parece que solo pensó, con respecto á Hungría, en extirpar el protestantismo, mas bien que por medios directos por medios oblicuos que irritan y no resuelven nada. Francisco Leopoldo Ragozy, arrebatado á su madre Elena, fué educado entre los Jesuitas de Bohemia, y habiendo vuelto después á Hungría, vivía retiradísimo, cuando de repente fué arrestado á pesar de los privilegios, acusándole de que meditaba vengar los agravios hechos á su familia, y de que estaba en inteligencia con Francia. Pero logró escaparse, y se refugió en Polonia, perseguido por un bando que le condenaba á muerte, y después cuando Leopoldo tuvo que retirar sus tropas á causa de la guerra de sucesión, Francisco tomó á sueldo gente, y pasando los Carpacios, llamó á los nobles para que recobrasen sus derechos. El temor había desanimado á estos, por cuyo motivo le escucharon muy pocos, y el pretendiente no hubiera podido sostenerse, si no hubiese recibido socorros de Francia y de Baviera. Viena recurrió entónces á los pactos; pero los Húngaros pedían la elección del rey y la resistencia legal, que fuesen expulsados los Jesuitas, y que se devolviesen sus derechos á los protestantes. Era, pues, por tanto imposible ponerse de acuerdo. Las cosas se ponían de muy mal aspecto para Austria, y Ragozy se aproximaba á Viena cuando murió Leopoldo (1).

1705.  
5 de mayo.

(1) Eleonora, mujer de Leopoldo I, es citada entre las mujeres mas pladosas. Siendo niña, hufa de las diversiones y se ponía al sol para ennegrecerse, y no encontrar marido; solo consintió en casarse con Leopoldo cuando le dijeron que la Providencia la había destinado al primer trono del mundo para bien de la religión católica. En la corte conservó las mismas costumbres, ocupándose en cuidar á los pobres, trabajar en los ornamentos de la Iglesia, andar en procesiones y peregrinaciones á pié desnudo; debajo de sus brazaletes de pedrería tenía puntas de hierro; se disciplinaba hasta arrojar sangre, y guardaba rigurosos ayunos; en el teatro tenía un libro de salmos, como si fuese el librete de la

José I, emperador.  
José I, que le sucedió á la edad de veintisiete años, había sido educado por Carlos Teodoro Oton, príncipe de Salm-Salm, y por el sacerdote Rummel, quienes para corregir sus defectos, le inspiraron religion y amor á las ciencias; y él supo aprovecharse de sus luces, teniéndolos siempre cerca de sí desde que subió al trono. En la guerra de sucesión obró con una firmeza que pudo muy bien destruirlo todo. Desterró á los electores de Baviera y de Colonia, auxiliares de Francia; creó un nuevo electorado en la casa de Hannover, con la condicion de que diese siempre su voto en las elecciones á un Austríaco, condicion que hacia posible á Federico I tomar el título de rey de Prusia; decretó que los reyes de Bohemia votaran no solo en las elecciones, sino en todas las deliberaciones, y en Italia proscribió las casas de Mantua y de la Mirandola. Pero tratando severamente á los Bavaros, hasta el punto de hacerlos servir en su ejército, excitó una sublevacion, y veinte mil rebeldes á las órdenes del estudiante Mainl, se apoderaron de varios castillos; los Austríacos propusieron condiciones, y se concluyó un armisticio, durante el cual, las tropas imperiales, haciendo una irrupcion, los atacaron y destrozaron, dejando tras de sí el silencio y la execracion.

José, como hombre nuevo en los negocios de la Hungría, pudo moderar la persecucion de su padre y nombrar ministros ménos odiosos; pero los rebeldes, exasperados é impulsados por Luis XIV, no escucharon razones y fué necesaria la guerra. Viendo la prosperidad de los Austríacos, Ragozy propuso á la Dieta que fuese reconocido José, formando una Confederacion como en Polonia, y el mismo Ragozy fué nombrado duque de los Estados confederados. Este tuvo la grandísima habilidad de saber conducirse en medio de tantas pretensiones, y especialmente de los protestantes. Después quiso celebrar pactos con José; pero uno queria la independencia del país, otro su sumision: ¿ cómo ponerse de acuerdo? Los Estados, como si fueran una república, publicaron una proclama justificando su proceder: los de Transilvania prestaron tambien homenaje á Ragozy, y se continuó la guerra á la desbandada, devastando el Austria las partidas de Húngaros. Francia prometió auxilio á los sublevados, pero no lo envió: estos declararon vacante el trono de Hungría, y Ragozy, que los había contenido, perdió el crédito. Habiendo sido elegido rey de Polonia, se separó de él la Transilvania; su alianza con la Rusia le puso mal con Francia; el papa, secundando á José I, excomulgó á los revoltosos; principiaron las disensiones y siguió el cansancio, y por último el conde Juan Palfiban, de Croacia, á la cabeza de los Austríacos, con sus victorias y su dulzura, indujo á la república á aceptar la paz. Concedióse en esta el perdón á Ragozy y á sus partidarios, con tal que

ópera. Fué sepultada, segun sus deseos, sin pompa, con esta inscripcion: Eleonora pobre pecadora, murió el 19 de enero de 1719.

1711.  
17 de  
abril.

se presentasen en el término de tres meses; se prometió reintegrar á las viudas y huérfanos de los condenados, y que no se instituiria nunca un tribunal especial. Ragozy, confiando en el auxilio de la Rusia, rehusó la amnistia; después, desengañado, vivió con una pension que le señaló la Francia, y por último consiguió algunas posesiones en Asia, adonde murió tranquila y devotamente en 1735.

En este tiempo había muerto José I; Carlos VI, el nuevo emperador, reconoció el tratado de paz, confirmando los privilegios de los Húngaros, pero no el decreto de Andres II; dispuso que en concluyendo su linea, volviese el derecho de eleccion á los Estados, y que el rey hereditario de Hungría no tomara las riendas del gobierno antes de ser coronado.

Aquí concluye la revolucion de los Húngaros y con ella su historia. Carlos VI se concilió con ellos restituyendo la corona de San Esteban, y protegiendo á los protestantes; aquellos turbulentos magnates se convirtieron en defensores fidelísimos del Austria, y en vez de aliarse con los Turcos, se hicieron ardientes enemigos suyos, hasta que los tiempos mudaron sus ideas, y la sublevacion produjo nuevas desgracias.

## CAPÍTULO XXIV

España y Portugal.

Francia, Inglaterra y Austria, cuyas vicisitudes hemos referido hasta aquí separadamente, se mezclan ahora en una guerra que cambia el aspecto de Europa.

La España, que por un momento había amenazado someter toda la Europa, iba declinando cada vez mas; inmenso navío cuya proa se elevaba en el mar de las Indias y la popa en el Atlántico, pero desprovisto de remos, de cuerdas y de pilotos. Fernando el Católico había hecho suyo el clero, abrogándose el nombramiento de beneficios: Carlos V había reprimido á las comunidades por medio de los nobles, y después humilló á los mismos nobles, que habían fundado el reino, y defendido sus franquicias: Felipe II los hizo cortesanos, rodeados de riquezas y de clientes, orgullosos por la prerogativa de estar cubiertos delante del rey, pero despojados de toda autoridad, mientras que la nobleza inferior se separaba de ellos para servir á la Iglesia ó á la monarquía. La vida de las ciudades casi independiente, y el heroísmo de la caballería religiosa, habían desaparecido; las cortes habían aprendido á callar con los suplicios, y el simulacro de cortes que quedó en su lugar podía poner obstáculos al bien, pero no impedir el mal, donde la razon suprema era: *el rey lo quiere*. Habiéndose quitado de este modo á la nacion la cooperacion en sus destinos, solamente sobrevivian el amor á la patria, y el respeto á la autoridad.

En aquella continua lucha con un pueblo de

naturaleza y creencias diferentes, la España se había aficionado á las conquistas y habituado á vilipendiar á los vencidos, á dominarlos, no á gobernarlos. Esto fué un mal para ella cuando tuvo que combatir con los Europeos; los Países Bajos, Portugal é Italia ensangrentaron su suelo bajo su yugo de hierro; la América fué contenida por la fuerza, y saqueada con las exacciones; las colonias y las provincias estaban oprimidas por los vireyes, revelados á cada momento, y por tanto siempre ignorantes. Felipe II, para ocultar la decadencia ó para aparentar majestad, se encerró lo mismo que sus sucesores en suntuosos palacios, en los cuales no se conocia al pueblo mas que de oidas, ni al hombre mas que al traves de un sombrío y severo ceremonial. El inquisidor general era el primer personaje en palacio; de modo que el pensamiento estaba encadenado mientras que en otras partes adquiria libre vuelo. La intolerancia hizo huir á la industria con los Judíos, y á la poblacion con los Moriscos, quedando esta reducida á cinco millones y medio; la agricultura estaba oprimida por la *mesta*, y entorpecida en manos del clero y de los nobles, siendo muy poco á propósito para mejorarla, aquel por naturaleza y estos por orgullo; de modo que si hubieran llegado á faltar las remesas de la India, no hubiese quedado al país ningun recurso para ocurrir á las necesidades momentáneas.

En tiempo de Felipe II había en la monarquía trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil de segundo orden, y doble numero de regulares, comunmente en litigio entre sí; los inquisidores infundian el terror en lo interior, mientras luchaban con el papa; los obispos, excesivamente ricos, nada cuidaban de su grey. Los altos cargos del Estado solo duraban tres ó cuatro años, como beneficios concedidos á la inexperiencia, que solo pensaba en sacar de ellos frutos sin aprender nada. Los monarcas no podían dar vida al Estado ni á la administracion desde el fondo de sus inaccesibles alcázares; su autoridad, arbitraria sobre el pueblo, estaba limitada por los asilos y por las inmunidades de los nobles y de las iglesias; de modo que aun no había sustituido la seguridad y la justicia á los perdidos privilegios. Eran muy frecuentes las sublevaciones con motivo del pan, y había cuadrillas de asesinos que se ponían al servicio de cualquier rico. El inaudito lujo que ostentaban los nobles, especialmente en cosas de plata, no animaba á la industria, y retiraba los capitales de la circulacion; solo era una generosa ostentacion. Si un noble ganaba al juego, repartía el dinero entre los espectadores de cualquier condicion que fuesen; y cuando el duque de Lerma recibió en los Países Bajos á Gaston, hermano de Luis XIII, después de la comida hacia poner 2,000 luises de oro en una mesa y con ellos jugaban el príncipe y su séquito.

Este fausto encubría la miseria. Los doblones

de España corrían por toda Europa, á causa del sistema adoptado por el gobierno de comprar donde hubiera un descontento. Los ejércitos lejanos costaban enormes sumas, y tanto mas cuanto que para tenerlos en sujeción se llevaban los Walones á Italia, los Napolitanos á Flándes, y los Alemanes á Portugal. Los soldados españoles estaban mientras tanto desnudos y hambrientos; la nobleza obtenía grados, pero solo por título, y los oficiales se remediaban robando para entregarse al libertinaje en Madrid; una porción de artesanos y trabajadores que alteraban con la taberna el servicio de la guardia de palacio, recibía pomposamente los nombres de guardia española, alemana y flamenca. El país que había enviado cien naves á Lepanto y ciento setenta y cinco contra Inglaterra, no tenía entonces mas que veinte mil soldados y trece galeras; de suerte que los Moros insultaban atrevidamente á los pueblos de las costas indefensas de Andalucía, robando las naves que se separaban una legua de la rada, y hubo necesidad de tratar con un Genoves para tener una pequeña escuadra que mantuviese las comunicaciones con la India (1).

La literatura se perdía también, y dedicada á la poesía considerada solamente como un arte, introdujo en ella las sutilezas, cuyo gusto había tomado de los Árabes. El jefe de esta escuela (de la cual salió el Italiano Marini, Español por su origen y educación) fué Luis Góngora de Argote. Descontento de ser poco conocido y verse mal recompensado, se dedicó á satirizar su época, despues quiso distinguirse uniendo al énfasis andaluz la barbarie de una lengua llena de palabras árabes que habían quedado en el país, y de construcciones muy anticuadas; de donde provino el *estilo culto* (2), modo de hablar pretencioso, rebuscado, lleno de figuras, y tan diferente como fuera posible del modo comun de hablar; usando extravagancias mitológicas, dando significaciones nuevas á las palabras, inversiones y construcciones griegas, como si usase el lenguaje para disfrazar y no para expresar las ideas. Su *Polifemo* encontró multitud de imitadores, que exageraron sus defectos, con la manía de decirlo todo extraordinariamente, y salirse de lo natural en los pensamientos y en el estilo, acumulando en cada renglon aquellas metáforas que en Marini y demas Italianos se encuentran solo á intervalos.

Por esta nueva via desfogaban su reprimido ardor, poniendo en movimiento solo la imaginación á costa de las demas facultades, y los *conceptistas* y *culteranos* prevalecieron sobre los antiguos clásicos. Don Francisco de Quevedo

(1) Ap. MIGNET, *Négociations*, c. I, 136. Louville, que fué nombrado ayo de Felipe II, nos pinta un cuadro tristísimo de la situación de España. Carlos Weiss, en su *Espagne depuis le règne de Philippe II jusqu'à l'avènement des Bourbons*, asegura que la deuda pública al principio del reinado de Felipe era de 35,000,000 de ducados, y que á su muerte había llegado á 100,000,000.

(2) Los Portugueses atribuyen á Don Sebastian el triste honor de haber introducido el estilo culto.

y Villegas, el mas ingenioso de todos, y tan agudo en la sátira como se podía ser en tiempo de Felipe II, quiso escribir en todos géneros. Distinguióse mucho en las escuelas, y despues entre los caballeros; un duelo le obligó á huir de Sicilia, adonde el duque de Osuna le ocupó en importantes servicios; tomó parte en la conjuración contra Venecia, y cuando cayó el duque de Osuna fué arrestado, y habiendo sido declarado inocente al cabo de tres años y medio, fué desterrado por pedir una reparación. Levantado el destierro, fué encerrado por nuevas sospechas en un fétido calabozo, sin alimento ni médicos, hasta que pudo hacer llegar dos renglones al duque de Olivares, el cual hizo continuar el proceso, que le declaró inocente. Salió por fin de la cárcel, pero le fueron confiscados sus bienes, y murió de resultas de su trabajada vida. Los once gruesos volúmenes que componen sus obras, segun dice el editor, apenas son la vigésima parte de lo que escribió; pues quiso escribir en todo género, y logró elogios extremados de sus contemporáneos. Tenia un grandísimo, pero desordenado ingenio; huyó del estilo rebuscado de moda entonces; pero deseando solo agrandar, miró mas al efecto que á la verdad del pensamiento; de modo que fatiga aquella acumulación de antítesis, de gracias y de agudezas. Su elemento es la sátira, en la cual con un talento admirable, aunque exagerado, y con una razón superior, da lecciones muy útiles, si bien es cierto que difunde mucho el gusto á lo burlesco. Aun en sus obras serias y especialmente en la curiosísima novela del Gran Tacaño, se escapan de su pluma graciosas epigramas. El pueblo cantaba sus villancicos. Hemos leído ávidamente su *Tratado de la política de Dios y del gobierno de Cristo*; pero en vez de las sutilezas que debían esperarse en un hombre de tanta historia, hemos encontrado una ignorancia absoluta de la práctica, y nada mas que buena intención, porque deduce bien ó mal lecciones de política de la vida del Salvador.

Don Francisco de Moncada, marques de Aitona y duque de Osuna, natural de Valencia, escribió *La expedición de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos*, es decir, la de los Almogávares. Es ménos rico y mas simpático que Mendoza. El primitivo narrador Ramon Muntaner es demasiado apreciado á pesar de su estilo.

Don Francisco Manuel de Melo, de Lisboa, fué soldado como los demas historiadores españoles, y recibió de Felipe IV el encargo de escribir la guerra con motivo de las sublevaciones de los Catalanes de 1640, en la cual tuvo parte. Combatió despues por la libertad de su país; y encerrado en una prisión, acusado de asesinato, fué desterrado al Brasil, y á su vuelta murió. Eligió un asunto muy malo, y se limitó á describir el primer año; pero es una obra de estilo, admirada porque fundió el antiguo con el moderno. Capmany en nuestros dias, la sacó

del olvido en que yacía, y le volvió su crédito como una obra maestra.

La literatura dramática floreció en tiempo de Felipe IV, que era aficionado á ella y la cultivaba; bastaría citar á Calderon, á quien el rey, que tenia por ocupación las diversiones, daba costosos medios para ejecutar sus pomposas representaciones. Solís, Moreto, Tirso de Molina y Francisco de Rojas, nombres ya conocidos de nuestros lectores, ennoblecieron este reinado.

1669. El Castellano Estéban Villégas tradujo y despues imitó á Horacio y á Anacreonte, y quiso introducir en su lengua los versos latinos; escribió principalmente sobre asuntos de amor y madrigales (*letrillas*) elogiados por su gracia.

1678. Quiso disputarle la corona Francisco de Borja y Esquilache, caballero del Toison de oro y virey del Perú, que reprochaba el gongorismo, y se alababa de « seguir el camino medio, desterrando las palabras pomposas, la sencillez trivial y la oscura afectación; » pero su corrección fué frialdad, y solo los cortesanos elogiaron su poema titulado *Nápoles conquistada*. Asimismo fué persona muy distinguida Bernardino de Rebolledo, que tomó parte en la guerra de los Treinta Años, y que enviado de embajador á Copenhague cantó las *Selvas danesas*; puso en verso el arte militar (*Selva militar y política*), y escribió otras muchas poesías devotas. También era de noble cuna Juan de Jáuregui, Vizcaíno, caballero de Calatrava, que se enamoró en Italia de la poesía y de la pintura, y tradujo la *Aminta* y la *Farsalia*, que fueron mejor acogidas que sus rimas.

1688. El ilustre prosista, el padre Lorenzo Gracian en el *Criticón*, examina los treinta y ocho períodos de la vida, introduciendo personajes é incidentes variadísimos, y muchas gracias muy cómicas; pero cansa con su continua agudeza de ingenio. Publicó los preceptos del gongorismo en la *Agudeza y arte del ingenio*, donde sostiene que no se debe ser vulgar en nada, ni en literatura, ni en moral, por lo cual usa el estilo culto y la elocuencia mística. Estudiando las sutilezas que entonces eran de moda, redujo la antítesis á un arte, porque « la naturaleza puede muy bien inspirar algunas veces ideas semejantes á un ingenio claro, pero solo el arte puede ponerle en disposición de producir las á voluntad. Y si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de querubines y elevación de hombres, que nos remonta á extravagante jerarquía. »

No pasaremos en silencio á Juana Inés de la Cruz, monja de Méjico, que compuso muchos himnos sagrados, de los cuales se cantaban varios en las iglesias mejicanas. Escribió también diversos autos como Calderon, entre los cuales se distingue el *Divino Narciso*, alegoría mística del celeste esposo. Pero la hinchazón y vanidad eran cada vez mayores, como un apoyo del espíritu que sucumbía bajo multitud de obstáculos.

los. Despues, cuando conocieron el mal camino que seguían todos, callaron, y esta trabajadora nación cayó en la inercia literaria así como en la política.

Felipe IV en cuarenta y cinco años de reinado (1621-65) trató de restaurar la nación, pero no consiguió mas que resucitar los adormecidos gérmenes de la guerra, y las consecuencias de antiguos errores políticos se presentaron manifiestamente, por mas que trató de ocultarlas el conde-duque de Olivares. Este, verdadero rey de España, tan ambicioso como Richelieu, pero con mas conciencia, no acumuló tesoros, satisfecho con el poder; persuadió á Felipe de que era indecoroso y sumamente pesado el gobernar, excitándole al mismo tiempo á los goces que correspondían á su elevada posición, y aparentando que los consejos de Estado eran los que tomaban todas las determinaciones, cuando solo él gobernaba á su arbitrio. Para arreglar la arruinada hacienda, publicó reglamentos, que atestiguan el mal y la ineficacia de los remedios. Tanto superabundaban los empleos en la judicatura, que pudo reducirlos á la tercera parte. Limitó á un mes la larga estancia que los prelados y nobles de provincia hacían en Madrid; prohibió que se dorasen los muebles y otros utensilios, que se emplease oro ó plata en galoncar telas de seda ó lana, como asimismo hacer mantos ó ropas de casa de seda, é introducir trajes, instrumentos, tapices fabricados en los Países Bajos, usar encajes ó vestidos adornados, ó collares mas largos y anchos que los modelos: el padre que tuviera de 200,000 á 500,000 maravedís de renta, no podía dar de dote á cada hija mas de la quinta parte; los que se casaran antes de los diez y ocho años estarían exentos por cuatro años de todo impuesto, y por toda la vida el padre que tuviese seis hijos: se prohibió emigrar bajo pena de confiscación; se invitó á los Católicos á establecerse en España, y no se permitió trasladarse á Madrid ó á Sevilla sin licencia (1).

¡Qué miseria! Los demas países multiplican sus riquezas para aumentar sus goces, y en España se ven los habitantes con obstáculos aun para los actos mas inocentes, obstáculos im-

(1) Los recuerdos artísticos ofrecen un ejemplo de la increíble falta de dinero que había en España. El gran duque Fernando II en 1639 mandó hacer un caballo de bronce para el rey de España, y pagó los gastos de transporte y embarcación hasta Cartagena. Agradó mucho este regalo al rey y al conde-duque, pero no tenían dinero para llevarle al Buen Retiro, donde debía colocarse; ni pudieron encontrarle hasta que el gran duque mandó á los artistas que le habían conducido que se volviesen. Y habiendo mandado el conde-duque á Pedro Tacca, autor del caballo, que hiciese cuatro leones para ponerlos á su alrededor, el gran duque le permitió admitir esta obra, pero le aconsejó que se hiciese pagar adelantado. V. GAYE, cart. III, 343.

Es también notable que mientras Fernando Tacca, hijo del escultor, estuvo en España para colocar el caballo, fué empleado por Don Luis de Haro y por el conde-duque para hacer venenos, pedidos por el rey Felipe. El embajador florentino en Madrid, al referir esto al gran duque, dice que Tacca los hizo de dos clases, de tabaco y de arsénico, y que creía debían emplearse contra el duque de Medina Sidonia, que se decía quería hacerse rey de Andalucía y contra otros grandes sospechosos al conde-duque.

Felipe IV. El conde-duque.

L. Góngora. 15-0-1613.

1501-1627.

1580-1643.

1643.

1676.

1688.

Gracian. 1638.

1580-1635.

Inés de la Cruz. 1635.